

Entre pasillos y recuerdos: sesenta años de memoria institucional

Vladimir Minorta Cely* |

* Docente del programa de Biología y Servicios de Ciencias Naturales, de la Facultad de Ingeniería y Ciencias Básicas de la Universidad Central. Biólogo, magíster y doctor *summa cum laude* en ciencias-biología por la Universidad Nacional de Colombia. Investigador. Correo: vminortac@ucentral.edu.co

 Qué se entiende por *memoria institucional*? Esta es una pregunta recurrente en las conmemoraciones. Hablamos de memoria y aludimos a cadenas de recuerdos, afectos, tensiones, entre otras. Me gusta la idea de que la memoria institucional es una construcción colectiva y dinámica; sobre todo, un conjunto de símbolos que otorgan cohesión e identidad a una comunidad. También integran la memoria los silencios y las discusiones en los pasillos, la angustia, la nostalgia y el vértigo de asumir responsabilidades sociales, académicas y personales. Se trata de un palimpsesto de vivencias, en el que la formación académica no se reduce a un depósito documental: constituye un acto de humanismo que recupera las voces de quienes habitaron los espacios del campus, un diálogo intergeneracional y un artefacto de orgullo que legitima el sentido de pertenencia. Sin memoria, las instituciones carecen de raíces y, por tanto, de frutos, pues la Universidad no es solo edificios, sino vínculos vivos...

Cuando deambulo por el campus, además de pensar en esto, reflexiono sobre lo que realmente palpita en sus pasillos, en las historias no escritas que transcurren entre dos hitos: el primer día de ingreso de un estudiante y el día de su graduación profesional. Asimismo, pienso en nuestro compromiso institucional, en nuestra responsabilidad como docentes y en los retos que demanda la dimensión formativa del capital intelectual: preparar profesionales capaces de enfrentar los desafíos del siglo XXI.

Nuestra Universidad cumple sesenta años. Seis décadas de estudiantes, profesionales y vidas. Heráclito de Éfeso afirmó: “*Ethos anthropoi daimon*” —el carácter es el destino para el hombre— (fragmento 119, ed. Diels-Kranz). En un escenario pluricultural y diverso como el universitario, ese carácter se construye en el disenso

respetuoso, en la escucha del otro y en la aceptación de la fragilidad como punto de partida del aprendizaje colectivo. Es bien sabido que la universidad debe potenciar el pensamiento crítico, científico y humanista. Nuestros estudiantes esperan de nosotros herramientas que les permitan, además de ejercer sus profesiones, ser personas que impacten y transformen la sociedad. La educación universitaria contemporánea exige profesionales que afronten la incertidumbre y propongan soluciones colectivas, no individuales. La diferencia no es un obstáculo: es el combustible de la creatividad pedagógica y de la innovación social.

Las crisis visibilizan liderazgos informales y enseñan que la memoria institucional se escribe también en los márgenes del caos. La pandemia de COVID-19 constituyó un caso paradigmático. Nuestra Universidad, como muchas otras, se vio obligada a cerrar sus puertas físicas y a habilitar de emergencia centenares de aulas virtuales y clases en línea. La transformación fue abrupta: docentes que nunca habían usado plataformas digitales aprendieron a grabar clases desde sus hogares y una comunidad estudiantil asumió con gallardía la continuidad de su proceso de formación académica.

El trabajo intenso en jornadas académicas mediadas por computadora dejó huellas de fatiga en toda la comunidad universitaria, pero también reveló una sorprendente capacidad estudiantil de adaptación. El apoyo colectivo y el colegaje permitieron avanzar en medio de la crisis mundial. Transitamos quizá por una de las lecciones pedagógicas más contundentes: más allá de la tecnología, lo que sostuvo el andamiaje universitario fue el humanismo, tanto en su modo de inserción como en su impacto en la ciencia, la sociedad y la cultura que demanda el profesional del siglo XXI, sustentado en la ética, la solidaridad y los nuevos paradigmas comunicativos. La Universidad Central no solo se mantuvo; aprendió que la presencialidad es irremplazable para ciertos vínculos, pero que la comunidad puede consolidarse incluso en la distancia. Las jornadas de diseño remoto, los grupos de mensajería para resolver dudas a altas horas de la noche, los préstamos de equipos entre compañeros: todo ello construyó una memoria sin precedentes que ningún plan de estudios había previsto.

Esta experiencia subraya que nuestra Universidad se caracteriza por su dinamismo y diversidad, cuya plena realización exige la convivencia. La memoria institucional no se construye mediante la supresión de las tensiones o las diferencias, sino a partir de la búsqueda de un lenguaje común fundado en la experiencia compartida. Asumir los retos de la modernidad implica reconocer que ninguna voz es prescindible y que el conocimiento se configura en el disenso fecundo y respetuoso, no en la homogeneidad silenciosa. En este sentido, la Universidad Central del siglo XXI debe concebirse, ante todo, como una polifonía de saberes y una escuela de ciudadanía global. La diversidad ha dejado de ser un desafío para convertirse en un rasgo distintivo de su proyecto pedagógico. Así, nuestra memoria institucional no constituye un mero depósito de documentos, sino un relato en permanente construcción.

Al celebrar sesenta años, no solo miro atrás para enumerar logros; me pregunto qué otras voces nos faltan por escuchar, qué experiencias cotidianas seguimos silenciando y cómo los próximos sesenta años se empezarán a escribir esta tarde, en algún pasillo, con un gesto aparentemente pequeño pero genuino. Seguir narrando, cuestionando y escuchando es también seguir siendo universidad; es también seguir siendo docente, estudiante, gestor...

En este punto, considero justo la capacidad de mis colegas docentes. He escuchado de múltiples maneras que “el profesor de hoy no es un mero transmisor de contenidos; es un diseñador de experiencias de aprendizaje...”. Y es incluso mucho más. Nos hemos transformado en escuchas activos de las angustias juveniles y en actores necesarios en la sociedad contemporánea, sometida a velocidades tecnológicas y comunicativas vertiginosas. Ha sido y seguirá siendo un reto duro. Pienso en mis colegas como constructores y artífices de la memoria viva: las clases, los laboratorios y las salidas de campo son el puente entre el conocimiento acumulado y la curiosidad del presente. Sin la vocación y la responsabilidad del docente, la tecnología más avanzada no es más que un artefacto frío. El docente forma no solo con su saber disciplinar, sino con su ejercicio humano, con su fatiga compartida y con su entusiasmo por innovar. En cada clase sincrónica o

asincrónica, en cada correo respondido a altas horas, en cada tutoría que se extiende más allá del horario, se construye al profesional del futuro y se fortalece la cohesión social.

La Universidad Central de los próximos sesenta años será, ante todo, más humana. Somos una institución centrada en las personas, que reconoce que el corazón de la vida universitaria late en cada integrante de su comunidad: en quienes enseñan con paciencia, corrigen con empatía y celebran cada logro estudiantil como propio; y también en quienes asisten a clases a pesar de sus angustias e incertidumbres, y han tomado la firme decisión de confiarnos su formación profesional. Estos sesenta años no serían los mismos sin nuestros estudiantes, sus familias, sus esperanzas y sus anhelos.

Esta celebración de la memoria institucional constituye, asimismo, un sentido y respetuoso homenaje a toda la comunidad académica que me acogió hace ya ocho años y me ha permitido participar en múltiples procesos de formación de nuevos profesionales. Agradezco, de manera especial, a mis colegas docentes, al personal administrativo y, muy particularmente, a mis estudiantes, a quienes debo gran parte de estos aprendizajes. ○

